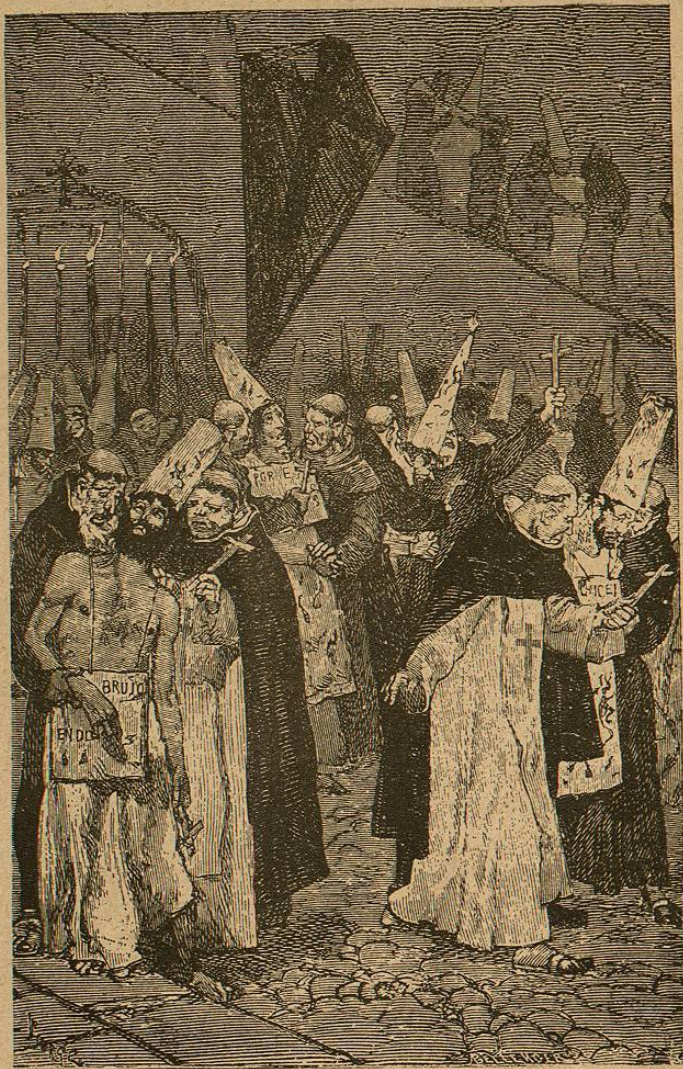


años lo que aquella hizo en seis siglos?... ¡Cómo se reiría la Inquisición!... ¿Qué son los seis mil guillotinos del Terror delante de los millones de hombres ahogados, colgados, descuartizados y de la pira-

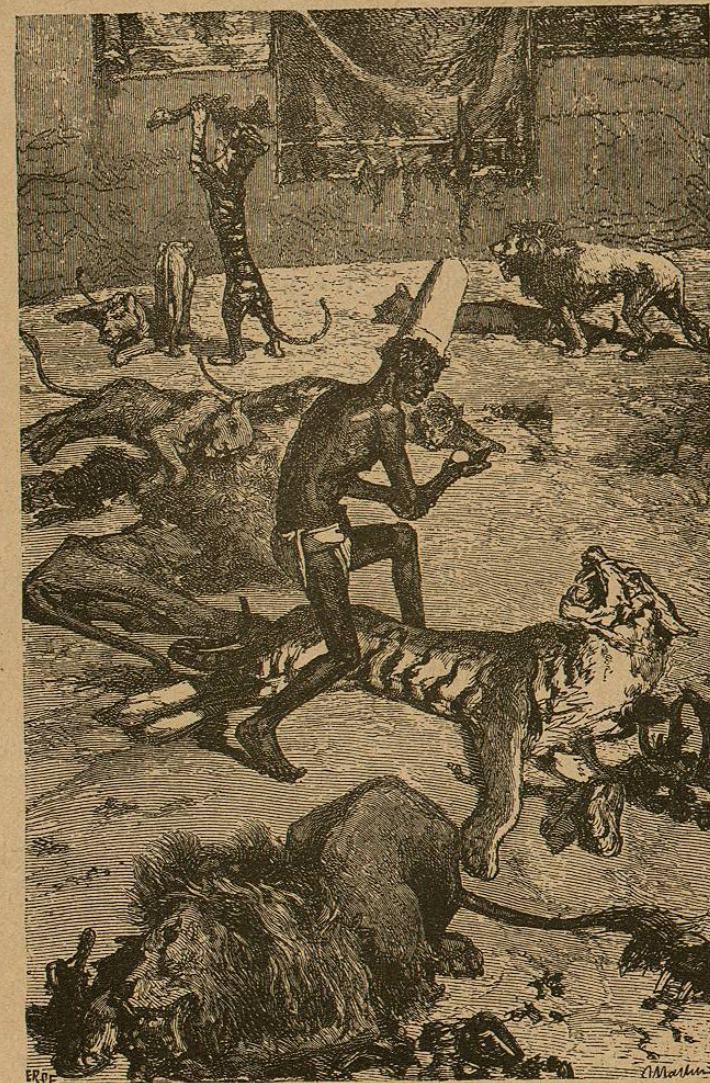


Quemó en dieciséis años veinte mil hombres. (Pág. 12)

midal carnicería, de los montones de carne quemada que la Inquisición alzó hasta el cielo?

Sólo la Inquisición de España hace constar en un monumento auténtico que quemó en dieciséis años veinte mil hombres... Mas, ¿por qué hablar de España, olvidando los Albigenses, ó los Vandenses de los Al-

pes, ó los protestantes de Francia, ó los de Flandes, ó la espantosa cruzada de que fueron víctimas tantos pueblos que el Papa entregó al fuego y á la espada?



«Dejad pasar al esqueleto: el almuerzo no es digno de vosotros...» (Pág. 15)

La Historia dirá que la Revolución, en su momento feroz, implacable, temió agravar la muerte, endulzó el suplicio, prescindió en la ejecución de la mano del hombre é inventó una máquina para abreviar el dolor.

Y dirá también que la Iglesia de la Edad Media fué fecunda en in-

venciones para aumentar el sufrimiento, para hacerlo más doloroso y penetrante; que encontró escogidos procedimientos de tortura, medios ingeniosos para hacer que sin morir se saboreara largo tiempo la muerte... y que detenida en su camino por la inflexible naturaleza, que á tal grado de dolor se compadece y da la muerte, lloró, no pudiendo prolongar el tormento más todavía.

No puedo, no quiero remover aquí ese mar de sangre. Si Dios me concediera dar vida un día á esa sangre, correría á torrentes para ahogar á la falsa historia, á los defensores miserables del asesinato, cerrando sus bocas mentirosas...

Estoy convencido de que la mayor parte de esas grandes destrucciones no podrán nunca ser contadas. La Inquisición quemó los huesos calcinados y aventó sus cenizas... ¿Cuándo encontraré la historia de los Albigenses ó de los Vandenses, por ejemplo? El día que conozca la historia de la estrella que he visto en el cielo esta noche... Un mundo, un mundo entero ha perecido... Se ha encontrado un poema, se han encontrado esqueletos en el fondo de las cavernas; pero ni un nombre, ni un signo... ¿Se puede con estos tristes despojos rehacer la historia?... Triunfan nuestros enemigos por el vacío de que nos han rodeado, por haber sido tan bárbaros, que no se puede con certidumbre narrar sus actos de barbarie!... Y, sin embargo, los relatan el desierto del Languedoc, y la soledad de los Alpes, y las montañas despobladas de Bohemia y tantos otros lugares donde el hombre ha desaparecido, donde la tierra se ha tornado estéril, donde hasta la Naturaleza, después del hombre, parece exterminada.

Pero hay algo que grita más alto que todas las destrucciones, y es que el sistema que mataba en nombre de un principio, en nombre de una fe, se servía indiferentemente de los dos principios opuestos; de la tiranía de los reyes, de la ciega anarquía de los pueblos.

En un siglo solamente, en el XVI, Roma cambia tres veces; se inclina á la derecha, á la izquierda, sin pudor, sin arrepentimiento. Primero se entrega á los reyes, después se arroja en brazos del pueblo; más tarde retorna á los reyes. Tres políticas: un solo objeto. ¿Cómo explicarlo? No importa. ¿Qué objeto? La muerte del pensamiento.

Un escritor ha averiguado que el Nuncio del Papa no tuvo noticia anterior de la de Saint Barthélemy. Y yo he averiguado que el Papa había trabajado diez años preparándola.

«¡Bagatelal—dice otro,—la matanza de San Bartolomé fué simplemente un asunto municipal, una venganza de París.»

A pesar del disgusto profundo, del desprecio y las náuseas que me producen estas teorías, las he confrontado con monumentos de la historia, con actos irrecusables. Y he encontrado paso á paso la huella roja de la matanza. Desde el día en que París propuso (1561) la venta general de los bienes del clero, desde el día en que la Iglesia vió al rey inclinado é inclinado hacia aquella medida, se volvió rápida y violenta-

mente hacia el pueblo, empleando todos los medios de predicación, de dominio, de influencia, utilizando su inmensa clientela, sus conventos, sus mercaderes y sus mendigos, en organizar la matanza.

«Asunto popular», decís. Es verdad. Pero decid también por qué habilidad diabólica y con qué perseverancia infernal habéis trabajado diez años en pervertir el sentimiento del pueblo, en turbarlo y volverle loco.

Espíritu de odio y de asesinato; he vivido demasiados siglos en frente de tí, durante toda la Edad Media, para que abuses ahora de mí. Después de haber negado tanto tiempo la justicia y la libertad, tomas sus nombres como grito de guerra. En nombre suyo has explotado una rica mina de odio, la eterna tristeza que la desigualdad pone en el corazón del hombre, la envidia del pobre para el rico... Tú has sido, sin necesidad, tirano; tú has sido el propietario más absorbente del mundo, y apoderado de todo quieres pasar de un golpe á las impracticables teorías de los niveladores.

IV

Cuando había en el coliseo de Roma gran fiesta, gran carnicería; cuando la arena estaba empapada de sangre; cuando los leones, ahitos de carne humana, se tendían y estiraban en el suelo, para divertir al pueblo y hacerle olvidar un poco, se le ofrecía una farsa, una pantomima. Se colocaba un huevo en la mano de un miserable esclavo condenado á ser devorado por las fieras y se le soltaba en el ruedo. Si llegaba al otro extremo, si felizmente llevaba el huevo hasta la grada, estaba salvado... La distancia no era muy larga; pero ¡cuán interminable le parecía!... Las bestias, satisfechas, dormidas ya, no dejaban de abrir sus párpados y levantar la cabeza al leve ruido de los pasos, rugiendo débilmente, protestando de que se turbara su reposo con aquella ridícula escena... El esclavo, medio muerto de terror, encogiéndose, encorvado, habría dicho á las fieras, si las fieras pudieran entenderle: «¡Ah! ¡estoy tan flaco!, ¡oh, leones, señores leones, perdón!; dejad pasar al esqueleto; el almuerzo no es digno de vosotros...» Jamás bufón ni mimo alguno ha tenido tal éxito; las contorsiones y temblores del miedo producían en los espectadores convulsiones de risa; se revolcaban en las gradas; era una tempestad de alegría; un rugido de gozo.

Este espectáculo se ha reproducido en el final de la Edad Media, cuando el viejo principio, furioso de verse agonizante, creyó que tenía tiempo todavía para matar el pensamiento humano. Se volvió á ver entonces, como en el Coliseo, miserables esclavos llevar á través de las fieras no satisfechas, no hartas, sino furiosas, ávidas, el menguado depósito de la verdad proscrita, el huevo frágil que podía salvar el mundo si llegaba hasta las gradas...

Muchos rieron... ¡Desgraciados!... Yo no reiría jamás ante este espectáculo... La farsa, las contorsiones y encogimientos para engañar á los monstruos, para divertir al pueblo indigno, me llenan de dolor... Estos esclavos que veo pasar, allá abajo, sobre la arena sanguinolenta, son los reyes del espíritu, los bienhechores del género humano... ¡Oh, padres y hermanos míos!, Voltaire, Moliere, Rabelais, amigos queridos

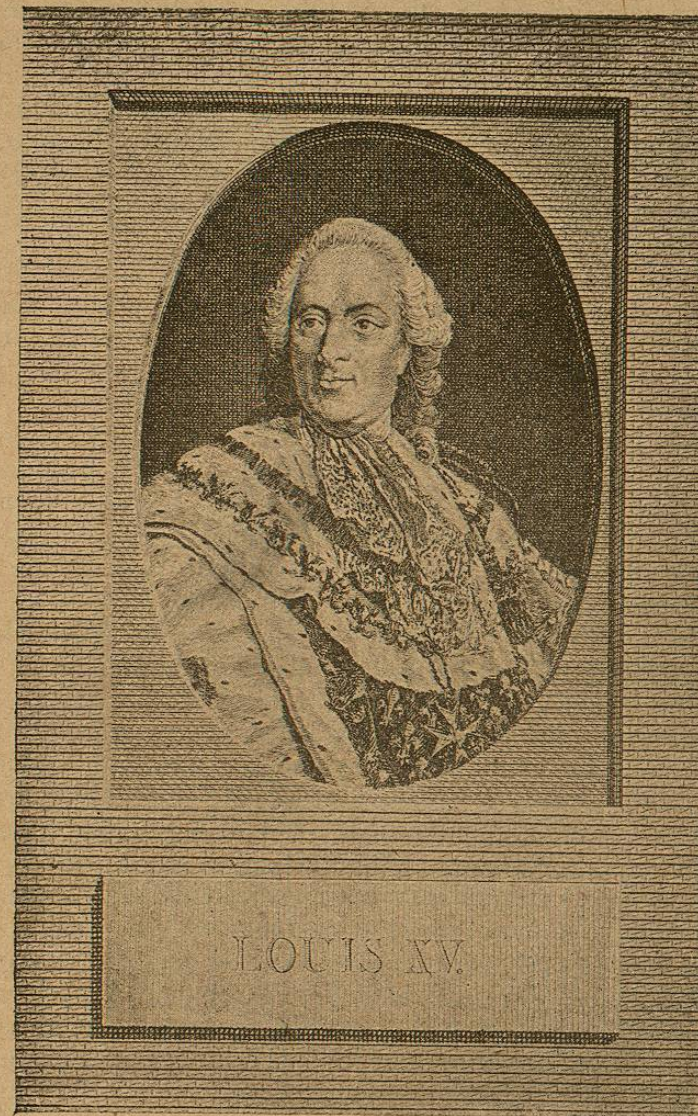


LA LIBERTAD VENCIENDO AL DESPOTISMO
(Bajo relieve de la época de la Revolución)

de mi pensamiento: ¿sois vosotros quienes temblorosos y sufridos hacéis aquella ridícula caminata?... Genios sublimes encargados de llevar el depósito de Dios: ¿habéis aceptado, por nosotros, el enorme martirio de ser los bufones del terror?...

¡Envilecidos!... ¡Oh! no, ¡jamás! Desde en medio del anfiteatro dicen dulcemente: «¿Qué importa que se rían de nosotros? ¿qué importa que suframos los zarpazos y mordiscos de las fieras salvajes, el ultraje de los hombres crueles, si llegamos llevando el querido tesoro que que-

da puesto en salvo, para que el género humano lo recoja y se redima tarde ó temprano?... ¿Sabes bien qué tesoro es este? La libertad, la justicia, la verdad, la razón.»



LUIS XV
(Grabado de 1792)

Cuando se pasa por aquellas degradaciones, dificultades y obstáculos, surge grandioso el pensamiento y se comprenden las humillaciones y bajezas... ¿Quién podrá seguir, desde lo profundo á la superficie, la

ascensión de un pensamiento? ¿Quién determinará las formas confusas, las mescolanzas y detenciones funestas que sufre durante siglos? ¿Quién narrará su lento camino del instinto al ensueño y del ensueño á la penumbra poética, entre los niños y los humildes, los poetas y los locos?... ¡Una mañana esta locura se torna en el buen sentido de todos!... Pero no es bastante. Todos piensan, nadie se atreve á decirlo... ¿Por qué? ¿Falta valor? Sí; ¿pero por qué falta? Porque la verdad encontrada no es bastante pura todavía; es preciso que brille en todo su fulgor, para que se ciegue por ella... Estalla al fin, luminosa, en un genio y lo hace heroico y lo llena de devoción, de amor y de sacrificio... El genio la coloca sobre su corazón y se lanza sobre la arena, á través de los leones...

He ahí el raro espectáculo que yo veía, la farsa sublime y terrible... Ved, ved cómo va aterrado, cómo pasa encogiéndose y tembloroso, cómo aprieta en su mano cerrada ese objeto que lleva... ¡Ah! no es por él su miedo... ¡Miedo glorioso, miedo heroico!... ¿No veis que lleva la salvación del género humano?

Una sola cosa me inquieta... ¿Cuál es el lugar de refugio, dónde va á ser ocultado este depósito, qué altar hay bastante sagrado para el sagrado tesoro? ¿Y qué dios es bastante dios para proteger lo que no es otra cosa que el pensamiento de Dios mismo?

Grandes hombres que lleváis este depósito de la salvación, tiernamente abrazado, como una madre á su hijo: pensad bien, os lo suplico, pensad bien el asilo donde lo confiáis... Temed de los ídolos humanos, temed de los dioses de carne ó madera, que lejos de proteger á los otros no pueden protegerse...

A fines de la Edad Media os veo á todos, de los siglos XIII al XVI, fiaros de un asilo inseguro, del Trono de la realeza. Para destronar los ídolos erigís un ídolo... Le ofrecéis todo, oro, incienso y mirra... Le otorgáis la sabiduría, la tolerancia, la libertad, la filosofía y, en fin, la razón última de la sociedades: el Derecho.

¿Cómo no ha de agigantarse esta nueva divinidad? Los más poderosos espíritus del mundo, perseguidos á muerte por el viejo principio implacable, trabajan por elevar cada vez más su asilo... De aquí nacieron leyendas, mitos, parábolas, amplificadas por todos los esfuerzos del genio: en el siglo XIII el rey *santo*, más sacerdote que el sacerdote mismo; el rey *caballero* en el siglo XVI; el *buen rey* en Enrique IV; el *Rey-Dios* Luis XIV.



SEGUNDA PARTE

De la antigua Monarquía

I

En 1300 veo á Dante, el gran poeta gibelino, cerrando contra el Papa y elevando al nivel del sol el coloso del César. *La unidad* es la salvación; *un* monarca, uno solo para toda la tierra. Después, siguiendo ciegamente su austera lógica, inflexible, establece que mientras más grande sea este monarca, mientras más lo sea todo, mientras más Dios sea, se debe temer menos que jamás abuse de nada. Teniéndolo todo, no deseará nada y menos podrá envidiar, odiar... Será perfecto y perfecta y soberanamente justo; gobernará precisamente como la justicia de Dios.

Esta ha sido la base de todas las teorías defendidas después para apoyar este principio: *la unidad* y el supuesto resultado de *la unidad*, que es *la paz*... Y entonces se habrían acabado las guerras.

Es necesario elevar menos el pensamiento que Dante y descubrir y mirar en la tierra la profunda angustia popular donde fué cimentado el coloso.

El hombre tiene necesidad de justicia. Cautivo en el círculo de un dogma que lo entrega todo á la gracia arbitraria de Dios, creyó salvar la justicia en una religión política, creando de un hombre un *Dios de justicia*, esperando que este Dios visible establecería y defendería la equidad, que el otro había olvidado.